

para tomar las cartas de Esther entre los libros más raros, donde las conservaba. Muchas veces había leído aquellas cartas; pero desde hacía tres ó cuatro años no las había hojeado. Renunció, sin embargo, á su idea, dejándolo para el día siguiente.

—En vez de leer sus cartas (pensó), haría mucho mejor en escribirle.

Y á renglón seguido tomó la pluma.

Pero como todos los enamorados tienen la cabeza como Dios quiere, no sabía qué decir, por más que mil ideas cruzaban y se desvanecían en su imaginación. Era el duelo de la razón y de la locura. Cuando hubo escrito: «Mi querida Esther,» tachó estas palabras para poner «Señora;» después borró esta á su vez para escribir: «Mi bella amiga.»

Entonces se apercibió de que se había convertido en un colegial; se levantó, se paseó por la habitación, y concluyó por encender una bujía y pasar á su alcoba.

Y tuvo razón en no pasarse la noche escribiendo; porque al aproximarse al lecho, vió en él una mujer castamente dormida, comó si estuviera en su propia casa.

M. de La Marche se figuró que soñaba.

Le costó trabajo reconocer á Esther; tan ajeno estaba de encontrarla allí.

V.
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO ROSTES"
Apdo. 2625 MONTERREY, MEXICO

Recomiendo el mundo.

Esta vez no dictó condiciones M. de La Marche. Borraron los doce ó trece años que habían estado separados; vivieron el uno para el otro sin contar los días, tan jóvenes de corazón como á los veinte años, como si el sacramento del matrimonio los hubiera unido con su lazo.

Esther tenía el sentimiento del bien, así como el sentimiento de lo bueno; no se burlaba nunca de las cosas consagradas por las leyes religiosas ó por las sociales. Había saltado más de una vez por encima del qué dirán, y no pocas por encima de sus deberes, sin hacer nunca alarde, como hacen los espíritus fuertes.

Cuando encontró de nuevo el amor de su primer amante, le pareció que, por un milagro del cielo, escapaba á las tempestades y ganaba al fin la orilla.

Una serenidad más dulce brilló en su rostro. El sentimiento de la coquetería se desvaneció bajo un no sé qué de tierno y pensativo. Ade-

más, la maternidad había impreso en su alma un carácter contemplativo.

Su primer amante fué también el último. No se volvieron á separar. Era el matrimonio de la simpatía y del corazón. Si recorrió sin él América, siempre llevaba su retrato, como si fuera un talismán; le escribía todos los días; volvió antes de lo que hubiera querido, porque anhelaba vivir con él.

Sería preciso seguir á Esther por todos los países que recorrió, sobre todo en el Nuevo Mundo, en donde representó por última vez. Á su regreso de allí, escribía á una de sus amigas: «Verdaderamente, vuelvo del otro mundo.» Poco faltó para que tuvieran que traerla muerta.

En América como en Inglaterra, en Rusia como en Alemania é Italia, todas fueron ovaciones y apoteosis. Se la recibía en todas partes como se hubiera recibido á una diosa conducida en su carro triunfal. Pesaba por una parte el oro que había traído, por otra las joyas, las flores y las aclamaciones, y decía: «Todo esto no vale lo que un rincón de París y una representación del Teatro Francés.» ¿Por qué la vida ha de estar tan mal comprendida, que sea preciso tanto dinero en el siglo XIX para figurar, aun cuando uno, sin poder conseguirlo, quisiera pasar desapercibido? Se dice á los grandes artistas: «¿Por qué tiran Vds. el dinero por la ventana?»

Es que si cerraran sus ventanas, se les acusaría de representar el papel del *Avaro*. Es que se arruinan haciendo limosnas de todas clases. Para muchas personas, todo está hecho con dar medio franco á un pobre ó cinco luises á un amigo; pero los que se encuentran á cierta altura y han visto dirigirse á ellos los brazos suplicantes de todas las miserias humanas, comprenden que mientras más se enriquece uno, más se arruina. Era preciso que Esther corriera al país de las minas de oro, lo que le fué fatal.

Janin ha clamado además con razón contra las últimas excursiones de Thepsis: «¡ Los viajes! Lejos de París, pretenda V. hablar, pretenda V. escribir; invoque V. á Apolo, á las Musas, á las tres Gracias, y á las viejas divinidades de la lira.... ¡Oh dioses y diosas! Todo calla, todo está mudo, todo muerto; el músico no encuentra más que vulgares acordes....» La misma Mademoiselle Mars, durante su vida, cuando estaba en toda la plenitud de su fuerza y de su gracia, si iba lejos de París á relatar á otro público los más ocultos misterios de la comedia y del corazón de las mujeres, le sucedía á menudo titubear y turbarse: una nube blanca se extendía sobre aquellos hermosos ojos, en los que poco antes se reflejaba el genio de Marivaux y la ironía de Molière. «No soy en provincias (refería á sus amigos), más que una Celimena de

provincia.» «En cuanto á mí (decía Talma), me parece que soy un héroe de contrabando: mi manto de púrpura me hace el efecto de un gabán; el cetro en mi mano temblorosa, no es más que una vara de espino; mi sangrienta copa está llena de vino; mi terrible corona no está sobre mi cabeza inclinada y pensativa más segura que cualquier sombrero viejo, bueno tan sólo para asustar á los pájaros en los afortunados tiempos en que maduran los albaricoques y las uvas.»

Esther supo sustraerse á la influencia desastrosa de las alegrías de la novela cómica. Tal como se la veía en París, representaba en provincias ó en el extranjero. Es que desde el primer momento inspiraba el sentimiento de la antigüedad y de la grandeza. Desde que aparecía en escena despertaba el interés de los espectadores.

Cuando partió para América, la acompañó toda su familia. Si corría al Nuevo Mundo, era porque le habían ofrecido un millón. Pero no fué por el millón por lo que la acompañó su familia; es que estaba ya enferma, y su madre y sus hermanas tenían funestos presentimientos; les parecía que la muerte no la arrancaría de sus brazos.

Si se le escapaba la vida, ¿para qué partir? Además, nada le faltaba. Tenía construído su nido sobre una rama bien sólida; no podía te-

mer que el grano de oro le faltara; pero quería que sus hijos tuviesen un millón más.

Su genio fué comprendido lo mismo allí que aquí; pues se había acostumbrado á expresarlo todo por medio de sus actitudes y de la expresión de su rostro. Mímica sublime, ¿no tenía la elocuencia de todas las lenguas? Uno de los jóvenes actores de su compañía, el hijo de Beauvallet, ha referido con mucha gracia toda aquella odisea de esa Penélope que se llama la Fortuna, y que deshace por la mañana lo que hace por la noche. Pero, aunque tomándolo en tono de broma, no puede por menos de decir que marchó de triunfo en triunfo, hasta su última representación en Charlestown. La pobre Comedianta no sabía que, al anunciarla, anunciaba, efectivamente, su última representación. Hizo *Adriana Lecceuvreur*, y representó su muerte con tal verdad, que la tuvieron que sacar herida mortalmente, por decirlo así. Fué la última vez que apareció en la escena. Era el 17 de Diciembre de 1855. M. León Beauvallet escribió: «El que redactó el cartel no sabía de seguro que, al referirse á la América, hablaba también para la Francia.»

En la última escena, cuando exclama: *¡No, yo no quiero morir!*, su acento era tan verdadero y tan desgarrador, que todo el mundo se sintió impresionado por un fúnebre presenti-

miento. Quien hablaba así era M. Cheri, otro actor de los que le acompañaban.

Casi se puede decir que era una muerta quien decía : « ¡No, yo no quiero morir! »

Esther partió en seguida de América, para volver á ver todo lo que amaba. Á su vuelta se imaginó que la sola atmósfera del amor bastaría para devolverle sus fuerzas. Entonces fué cuando se refugió con M. de La Marche en una casita de campo á orillas del Sena, en donde sólo recibía á tres ó cuatro amigos.

Ella, que tanto había ambicionado el renombre, aspiraba entonces al olvido. Así son las cosas de este mundo; la sombra de la muerte oscurece hasta la luz del sol.

Un día me llamó. Yo conocía su vida paso á paso.

— ¡Ay! (me dijo.) Ya no estoy en la época de las ilusiones; ya me considero al borde de la tumba. V. habló sobre el sepulcro de aquella adorable niña á quien llamábamos Lili, y también hablará V. sobre el mío.

Después añadió, como arrepentida de estas palabras:

—No, V. no dirá nada, y haga V. que tampoco hablen los demás. ¡El olvido! ¡Sólo el olvido! Nadie sabe lo grato que es después de una ruidosa existencia.

Todo esto lo decía con la mayor naturalidad;

porque, fuera del teatro, siempre había tenido horror á la declamación, como no fuera para burlarse de ella.

—Conoce V. mi vida, y conoce V. mi alma; creo inútil, por lo tanto, decir á V. que soy mejor que lo que se cree. He nacido para ser lo que he sido, puesto que nadie escapa á su destino; Nací allí abajo, en las montañas, no sé dónde. Lamento no haber vivido ignorada, como tantas mujeres que no tenían otros cuidados que sus hijos. Fui á París, y tuve que vivir la vida de París, pasando de la miseria al lujo, atravesando por todos los peligros, por todas las seducciones, por todas las calumnias; no sé cómo no he sido más mala. Dios me ha querido, puesto que me ha concedido hijos. La justicia de Dios es más dulce en este pobre mundo que la justicia de los hombres. No temo su fallo, porque sé que hay innumerables madres de familia que no serán mejor acogidas que yo en el umbral de la puerta de su misericordia. Si los escritores de crónicas escandalosas trataran algún día de parodiar mi vida, cuénteles V. toda la sencillez de ella. Demasiado sabe V. que no he sido educada en el Sagrado Corazón, y que las que salen de allí, no son mejores que yo, pues yo no he faltado á nadie más que á mí misma, mientras que muchas de esas señoritas han pasado por el matrimonio tan sólo para hacerle traición.

Nos paseábamos por el parque; la campana nos llamó á comer.

—Creo (dijo) que me he vuelto seria. No me riña V., porque quiero que la noche se pase sin tristezas.

Esther recobró su aire alegre. Estuvo encantadora durante toda la comida, hablando del pasado, ridiculizando, pero sin amargura, á sus enemigas del teatro. Pero cuando se tomó el café tuvo una crisis nerviosa, y casi se desvaneció.

Le hacía falta mucho aire, como á todos los que no viven más que á medias.

Esto fué para mí un triste presagio. Aunque su rostro denotaba el sufrimiento, no la creía tan enferma. Estaba enferma del corazón y de los bronquios al mismo tiempo. La pálida anemia había regresado con ella de aquel fatal viaje.

¡Había traído una mediana fortuna para sus hijos, pero los dollars estaban marcados con la efigie de la muerte!

Cuando aquella noche me despedí de Esther, me rogó fuera á comer una vez por semana á casa de M. de La Marche. No le conocía entonces más que de oídas se puede decir, pues apenas si le había visto alguna vez; pero después he encontrado tanta distinción en él, que he llegado á ser su amigo. Estuvimos de acuerdo desde la

primera palabra en todas las cosas de este mundo, y casi hasta en política.

Los dos, él y ella, me condujeron por el parque; pero en cuanto Esther vió un banco, me presentó su frente, y me dijo adiós.

—He recorrido tanto camino (murmuró sonriendo), que ya no tengo fuerzas para andar. ¡Pero afortunadamente bien pronto seré la señora de La Marche!

M. de La Marche me acompañó hasta la verja del parque.

En cuanto nos quedamos solos, me habló de su pena. No había vuelto á encontrar á Esther más que para perderla de nuevo. En vano ocultaba ella su temor á la muerte; él no se hacía ilusiones. Estaba sentenciada.

—Esto es tanto más triste (me dijo), cuanto que nunca su alma ha estado llena de más hermosos sentimientos. Habla ahora tan bien de todo, que me creería bajo el Pórtico, si fuera digno de ser admitido. ¡Ay! He notado además que la muerte, al aproximarse, concede á los que toca sobrenaturales luces. Parece, al escuchar á Esther, que traspasa las tinieblas del infinito.

Esther me llamó otra vez por medio de uno de aquellos billetes encantadores, que tan naturalmente brotaban de su pluma.

He aquí su contenido:

«Mi querido hablador (porque los otros no son más que charlatanes): vuelva V. bajo estos grandes árboles, para hablarme de lo que ya no existe. Figúrese V. que creo no haber posado nunca mi planta sobre la tierra. Es que decididamente la vida no es más que un sueño que sucede á otro sueño. No se despierta nunca por completo.

»Me olvidé el otro día de dar á V. una lección de billar. Venga V. en seguida; le daré á V. algunos puntos. Por desgracia, siempre marco uno negro en mi vida, aun hoy día, que me considero dichosa.

»ESTHER.»

Saint-Víctor, que era también un poco de la familia, fué conmigo un día á Meulan.

—Pienso (le dijo Esther) que ha hablado V. tanto de mí, y nunca he tenido tiempo de leer sus escritos.

—Es muy natural (respondió Saint-Víctor): nunca he hablado mal de V.

En efecto: Esther, como todas las grandes figuras del siglo, no aproximaba á sus labios más que la amarga copa de la crítica. La sátira más pequeña de cualquier insignificante literato la inquietaba, mientras que las críticas de Teófilo Gautier ó de Paul de Saint-Víctor pasaban

delante de ella como el aire que se respira. ¿Acaso da uno gracias á Dios por el aire puro que respira?

Aquel día fué Saint-Víctor el que recibió una lección de billar.

Esther le dió tantos, y le ganó un napoleón. Reía como un niño. Era una moneda de cinco francos con la efigie de Napoleón, primer cónsul. Besó la figura, diciendo:

—Voy á mandar hacer un broche con ella, para representar Fedra. Esa vez, mi querido Saint-Víctor, leeré el artículo de V.

Por el giro caprichoso de la conversación, recordó el tiempo en que cantaba tocando la guitarra. Voy á mostrar á Vds. (nos dijo riendo) cómo entretenía á mis espectadores con *El juego de la Mariposa*.

Hizo ademán de tocar la guitarra, y nos dió una representación de la Plaza Real.

Nada más fantástico: se puso á cantar; en medio de su canción se interrumpió, exclamando: «¡Calla, una mariposa!» Y en seguida se fué á correr tras ella. Se ponía en la punta de los piés, se volvía como una bailarina, tendió la mano, y concluyó por coger la mariposa. «¡Ah! (dijo): aquí está. Vean Vds. qué bonito traje se podría hacer con alas de mariposas.»

—¿Pero dónde está?—preguntó Saint-Víctor.

Esther se echó á reir, diciendo que había volado.

La verdad es que no había habido tal mariposa. Al concluir nos dijo: «¡Dios mío, la vida se pasa corriendo detrás de una mariposa: esta es el amor, la felicidad, la gloria; ¡pero quién logra cogerla!

LIBRO CUARTO.

La muerte.
